

EUCARISTÍA EN RECUERDO DEL P. FUNDADOR

D. Saturnino López Novoa

Huesca, 29 – XI – 2010

(Homilía de Mons. Juan José Asenjo)

1. Comienzo mí homilía manifestándoos mi alegría por compartir con vosotros la mesa del pan y de la Palabra de Dios, en esta mañana en celebramos la memoria de san Saturnino, obispo y mártir, e inauguramos una estatua en recuerdo del P. Fundador en el día del santo de su nombre. Doy gracias a Dios que me permite volver a Huesca, escenario de la segunda mitad de su vida, y a esta iglesia de los Padres Jesuitas, a la que él tantas veces acudió para ejercer el ministerio de la predicación y para visitar a los Padres Antonio Gació y Santiago Soler, sus directores espirituales y confesores. En esta casa vivía el P. Mach, que tanto le ayudó en los compases finales de la redacción de las *Constituciones* de las Hermanitas. En este templo dio la primera comunión a su ahijado Francisco Oliván y Palacín; y aquí bebió la espiritualidad ignaciana, de la mano del *Memorial de perfección* de San Alonso Rodríguez y de las *Meditaciones* del P. Luis de la Puente. Como bien sabéis, la providencia de Dios me condujo al encuentro con D. Saturnino, en primer lugar, por nuestro común origen seguntino, y en segundo término, por la voluntad de mi Obispo, Mons. Castán Lacoma, nacido en esta tierra, quien me pidió que estudiara su figura y su quehacer.

2. Puedo, por ello, sin prejuzgar el juicio definitivo de la Iglesia, dar testimonio de su gran generosidad, que le llevó a estar presente en todos los frentes de la vida de la Iglesia en España en la segunda mitad del siglo XIX que exigían un paso al frente y un compromiso. Puedo al mismo tiempo dar testimonio de su vivencia gozosa del amor de Dios, de su intensa vida de oración y de su relación profunda con las tres divinas personas, con el Dios actuante, amoroso y salvador, que puede y quiere hacernos santos. D. Saturnino brilló entre los sacerdotes oscenses de su época por su libertad de espíritu sin cálculos ni condicionamientos, por su alejamiento de la mediocridad y de la rutina, por su radicalidad que apuntaba siempre a lo más, por su recia austeridad, por su fe hecha vida, antes que concepto o doctrina, por su generosidad heroica en el servicio a la Iglesia y a los pobres, y sobre todo, por su aspiración firme y decidida a la santidad. D. Saturnino nunca renunció al deseo de vivir la santidad. No se conformó con mediocridades, porque estaba convencido de que el amor de Dios es inmensamente más fuerte y abundante que la debilidad humana. Él conoció el Amor de Dios y creyó en él más que en sus propias fuerzas. Quiso entregarse totalmente a Cristo, porque Cristo se le había entregado totalmente a él. Confió en el Espíritu Santo y procuró secundar sus inspiraciones. Quiso ser testigo de un Amor que convence a otros, un Amor que salva a muchedumbres...

3. En esta mañana, la figura de D. Saturnino nos recuerda a todos una verdad fundamental vivida por él, la llamada universal a la santidad, la primera prioridad pastoral de la Iglesia en esta hora. En realidad, queridos hermanos y hermanas, el empeño por la santidad, como nos dijera el Santo Padre Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Novo milenio ineunte*, no es para una élite o para una minoría selecta. Nos urge a todos los bautizados. Todos estamos llamados *a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor* (LG 40), puesto que antes de la creación del mundo fuimos conocidos, elegidos y llamados por Dios para ser santos e irreprochables en su presencia por el amor (Ef 1,3-4). En el bautismo fuimos consagrados *a Aquel que es por excelencia el Santo, el tres veces Santo*. En aquel día, sin duda el más importante de nuestra vida, entramos en la órbita de la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo. Entramos también a formar parte de la Iglesia, esposa de Cristo, por la que Él se entregó precisamente para santificarla (Ef 5,25-26). Por ello, como nos dijera el Papa Juan Pablo II, *sería un contrasentido contentarse con una vida cristiana mediocre, vivida según una ética de mínimos y una religiosidad superficial*.

4. La santidad es el sentido último de toda la actividad de la Iglesia, del trabajo del sacerdote, de la vida de una comunidad religiosa, del quehacer generoso de las Hermanitas y de toda programación pastoral. Ningún otro objetivo, ni la caridad y el servicio a los pobres, debe anteponerse a este empeño que constituye la finalidad casi única de la Iglesia, porque sin el fundamento de la santidad de vida, los mejores impulsos de fraternidad y apostolado se agostarán por falta de raíces, porque sólo los santos han amado hasta el final. Ocurre a veces que cuando se habla de la santidad, no pocos fieles se espantan y son muchos los que se asustan. Piensan que este ideal exige un género de vida extraordinario, como el de aquellos cristianos que en los siglos IV y V se santificaron en Oriente viviendo en lo más alto de una columna, como San Simeón Estilita, en las copas de los árboles, como los monjes dendritas, emparedados o en el hueco de una escalera como San Alejo.

5. La santidad, sin embargo, no es patrimonio exclusivo de los genios del espíritu. Es obligación de todos los bautizados, en primer lugar de los sacerdotes y consagrados, y también de los laicos. Todos, jóvenes y adultos, ancianos y niños, solteros o casados, estamos llamados a la santidad más alta. En realidad, la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias. El camino de la santidad es muy sencillo. Consiste en acoger, amar y cumplir en nuestra vida y en las circunstancias en las que la Providencia nos ha situado, la voluntad santa de Dios. Os recuerdo dos versos sencillos que Pemán ponía en labios de San Ignacio de Loyola en el *Divino impaciente*: *"la virtud más eminente es hacer*

sencillamente lo que tenemos que hacer".

6. La celebración de esta Eucaristía en recuerdo de vuestro Fundador, en el día del santo de su nombre, nos invita a todos a caminar desde Cristo; a centrar nuestra vida en el Señor; a conocerle, amarle e imitarle; a reforzar nuestra vida de oración, el apostolado, el cumplimiento de las Reglas, la fraternidad y el servicio alegre a los ancianos. La santidad es en realidad lo que más está necesitando la Iglesia y el mundo es esta hora. Ante la crisis moral que corroe a las sociedades occidentales, sumidas en el nihilismo, la angustia y la desesperanza, como consecuencia de la secularización, no existe otro antídoto que la santidad. Nuestro mundo, desequilibrado por el egoísmo y la injusticia y herido por la desesperanza, no curará sus heridas desde las soluciones técnicas o políticas o desde el mero servicio asistencial, que no sanan el corazón del hombre, sino desde la revolución silenciosa de la santidad y del amor. Así es en realidad. La Iglesia y el mundo necesitan santos, santos en la vida ordinaria, héroes de lo pequeño, santos de lo cotidiano.

7. El Padre Fundador nos señala a todos cuáles son los caminos de la santidad: el primero, no anteponer nada al amor de Cristo, primer y supremo valor de nuestra vida, más importante que nuestro futuro, nuestros proyectos, nuestra familia, la salud o el dinero. El segundo es la necesidad imprescindible de la oración. Si bien es cierto que el cristiano queda configurado con Cristo por el bautismo, configuración que se incrementa por la profesión de los consejos evangélicos, también es cierto que el consagrado necesita configurar sus actitudes personales -es decir, su personalidad- según el modelo de Cristo, por la convivencia con Él mediante la oración. Las Hermanitas han de brillar por su vida sobrenatural, por el resplandor de su relación íntima y personal con Jesucristo. Sin esta relación personal, consciente, íntima y amorosa, especialmente vivida y cultivada ante la presencia de Cristo en la Eucaristía, no hay verdadera aspiración a la santidad.

8. Otra clave esencial para aspirar a la santidad, según el espíritu de vuestro Fundador, es el amor a la cruz, es decir, apreciar, buscar y gustar la cruz, que es locura para los judíos y escándalo para los griegos; pero, *"para nosotros, sabiduría y fuerza de Dios"*. En la cruz se manifestó el amor extremo con que Dios amó a su Hijo y ama a los hombres. Jesucristo declaró su amor a los hombres con el lenguaje de la cruz y nosotros no podemos proclamar y comunicar este amor sin utilizar el mismo lenguaje. Aunque en nuestra sociedad hedonista el evangelio de la cruz resulte chocante y hasta repulsivo, es preciso recordar sin disimulos que es imposible aspirar a la santidad huyendo de la Cruz.

9. Una clave más de la vida religiosa es la obediencia, en la que tanto insiste el Padre Fundador en sus escritos. La obediencia religiosa es adhesión personal a la voluntad de Dios, manifestada en la mediación del superior, a semejanza de Cristo que vino a cumplir la voluntad del Padre. La obediencia no es un mero cumplimiento mecánico de la voluntad de otro. No consiste en cumplir sólo externamente lo que se nos manda, sino en obedecer interna y positivamente. Es decir, en buscar conscientemente la adhesión personal a la voluntad de Dios, inmolando libremente y por amor la propia libertad. Sólo en el amor se encuentra la razón y la fuerza necesaria para inmolar todo lo propio y entregarlo a quien nos ha amado primero. Tampoco puede haber sinceros deseos de santidad en un corazón en el que no haya sinceros deseos de obedecer por amor. Y todo con la caridad de Cristo, que a D. Saturnino le impulsó a amar con generosidad a la Iglesia y a contemplar el rostro de Cristo en los ancianos, los pobres y necesitados, con los que el Señor se identifica, a los que entregó su vida, su tiempo, su salud y sus bienes materiales.

10. La Eucaristía que estamos celebrando, misterio del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada, y el recuerdo de vuestro Fundador, nos alienta a contemplar la santidad encarnada en Cristo y participada en la vida de San Saturnino, obispo de Tolosa y mártir de Cristo, de la Madre Teresa y de las Hermanitas Mártires. El testimonio de sus vidas os invitan a desearla y buscarla para responder al Señor. Esa santidad no es imposible. Jesucristo nos ha llamado a ella y nos ha dado su Espíritu que nos capacita para responder. Muchas Hermanitas vuestras la han vivido con coraje y valentía a lo largo de la historia mas que centenaria de vuestra Congregación y nosotros y vosotras hemos de desearla vivamente, sin olvidarnos de poner los medios que la misma Iglesia nos ofrece para secundar la acción de Dios. Que la Santísima Virgen, "*la llena de gracia*" que nos muestra el ideal y el camino al que tenemos que tender, nos ayude con su poderosa intercesión a renovar cada día nuestra vida cristiana y nuestra consagración, a caminar desde Cristo y a aspirar con todas nuestras fuerzas a la santidad. Así sea.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla